



La Anunciación.—Frá Angélico.

El Beato Angélico

POR ENRIQUE AZCOAGA



En todos los mundos pictóricos que han alcanzado esa gloria perpetua, aunque un poco macilenta, de los museos, ninguno tan henchido de savia personal, de savia característica —y sin la grosería de lo característico— como el de Frá Angélico. Cuando en el Museo del Prado recorremos salas y salas, unas veces en función de estudio y otras de pura complacencia, llegado el mediodía de nuestro entusiasmo, elegimos voluntariamente el Angélico excepcional. No queremos ignorar aquí que fué Eugenio d'Ors quien calificó de «mediodía» el modo de hacer de Ve-

lázquez. Porque no es en este sentido en el que calificamos el quehacer de Guido de Pietro. Sino al atender a su vigor leve, a su grandeza cándida, a esa intensidad beata que hace sus formas mitad mármol, mitad flor.

En Frá Angélico la dicción expresiva es, afortunadamente, inferior a la plenitud de su mundo místico. Sus ensoñaciones, sus escenas, lo que pudiera haber de realismo en tan cándida criatura, van contrastadas siempre por el flúido excepcional que las determina, en vez de por la manera que eligieron al concretarse en la unidad formal. No creo que haya manera de enten-